

Un asesinato musical

Un caso barroco

A la memoria de mi padre, Zvi Mann

Los comentarios atribuidos a Theo van Gelden en el capítulo 13 se han tomado de una conferencia que Ariel Hirshfeld dio en julio de 1995 en el Centro de Música de Mishkenot Sha'ananim, Jerusalén.

1

La Primera de Brahms

Mientras colocaba el disco compacto en el reproductor y se disponía a pulsar el botón, Michael Ohayon creyó oír un llanto apagado. Revoloteó en el aire y se extinguió. Sin apenas prestarle atención, Michael permaneció en pie junto a la estantería y hojeó las notas que acompañaban a la grabación sin llegar a leerlas. Se preguntaba, distraído, si era adecuado romper la tranquilidad de la víspera de fiesta con el ominoso acorde inicial, tocado por la orquesta al completo sobre un retumbante fondo de timbales. Era la hora del crepúsculo, momento en que, ya a finales del verano, el aire comenzaba a tornarse más fresco y nítido. Se le ocurrió pensar que era muy discutible que las personas recurran a la música para evocar mundos dormidos en su interior. O que busquen en ella un noble eco de sus sentimientos o un medio de crear un estado de ánimo particular. Él estaba sumido en la niebla y el vacío, la calma de aquella víspera de fiesta era lo único que parecía abrazarlo. De ser cierto lo que se decía, reflexionó, no habría escogido aquella obra, que estaba a años luz de la placidez que precedía a las fiestas en Jerusalén.

La ciudad se había transformado enormemente desde que llegara a ella de niño para ingresar en un internado de estudiantes especialmente dotados. Michael había sido testigo de cómo dejaba de ser un lugar cerrado, replegado en sí mismo, austero y provinciano, para convertirse en una ciudad con pretensiones de metrópoli. Sus estrechas callejuelas estaban atestadas de hileras de coches y tras los volantes los impacientes conductores vociferaban y agitaban el puño con impotencia. A pesar de todo, nunca dejaba de conmoverlo lo que aún hoy seguía sucediendo en las vísperas

de fiesta, especialmente de Ros Hasaná, Pascua y Savuot, pero también las tardes de los viernes, aunque tan sólo fuera durante unas horas, hasta que descendía la oscuridad; eran momentos en que reinaban la paz y el sosiego, la tranquilidad absoluta tras la agitación y el bullicio.

Antes de que la música se derramara por la sala hubo un instante de una serenidad tan perfecta, de una quietud tan plena, que se podría haber pensado que alguien había respirado hondo antes de la primera nota y, alzando la batuta, había impuesto silencio en el mundo. Las miradas nerviosas, movedizas, inquietas, de quienes formaban largas colas ante las campanilleantes cajas registradoras del supermercado se desvanecieron súbitamente de sus pensamientos. Michael olvidó los gestos nerviosos de las personas angustiadas que cruzaban a la carrera la calle Jaffa cargados con bolsas de plástico y llevando con cuidado cestas de regalo. Tenían que abrirse paso entre filas de coches con los motores en marcha, cuyos conductores asomaban la cabeza por la ventanilla para ver qué había provocado el atasco en aquella ocasión. Todo esto se evaporó en el silencio.

Sobre las cuatro de la tarde, las bocinas de los coches y el ruido de los motores cesaban. El mundo se tornaba plácido y tranquilo, y Michael recordaba su infancia, la casa de su madre y las tardes de los viernes, cuando regresaba del internado.

En la quietud de las vísperas de fiesta, Michael volvía a ver el rostro radiante de su madre. La veía junto a la ventana, morisqueándose el labio inferior para disimular los nervios, en espera de su hijo menor. Pese a que su marido había muerto y Michael era el único de los hijos que seguía en casa, su madre le había permitido marcharse. Sólo regresaba en fines de semana alternos y durante las vacaciones. Los viernes por la tarde y las vísperas de fiesta, Michael recorría a pie el sendero que, bordeando la colina, le conducía desde la última parada del autobús hasta su calle, a las afueras del pueblo. La gente, aseada y vestida con ropa limpia, reposaba en sus casas, con la tranquilidad que les daba tener un día festivo por delante. La serenidad del momento le tendía sus dulces brazos mientras trepaba por la callejuela hacia la casa gris en las lindes del pequeño barrio.

Todo era calma y sosiego en las inmediaciones del semisóta-

no donde Michael llevaba instalado algunos años. Para acceder había que bajar un tramo de escalera y, ya en la sala de estar, al mirar por las grandes cristalerías que daban al estrecho balcón, se descubrían las colinas de enfrente y la escuela femenina judía de Magisterio, curvada cual blanca serpiente, y sólo entonces se comprendía que aunque era un piso bajo, estaba encaramado en la empinada ladera de una colina.

Las voces de los niños del edificio, ya recogidos en casa, se habían acallado. Incluso el chelo del piso de arriba guardaba silencio, aunque Michael no había dejado de oírlo durante los últimos días: escalas y más escalas y una suite de Bach. Sólo algún que otro coche pasaba por la serpenteante calle por donde Michael dejaba vagar la mirada mientras pulsaba distraídamente el botón del reproductor de compactos. Su mano tomó la delantera a su razón y a sus dudas. Y, con aquel movimiento, hizo que el estrepitoso inicio de la Primera sinfonía de Brahms retumbara en la sala. La armoniosa paz que Michael imaginaba haber alcanzado tras largos días de inquieta desorientación le pareció ahora una ilusión, al desvanecerse de golpe.

Porque con el primer sonido tenso emitido por la orquesta, una nueva y poderosa inquietud se despertó en él y lo abrumó. Las pequeñas angustias y los problemas olvidados fluyeron desde su estómago hasta su garganta. Levantó la vista hacia las manchas del techo de la cocina. Iban creciendo de día en día y cambiando de un blanco sucio al gris negruzco de la humedad. Sólo había un breve trecho entre aquella visión, que pesaba sobre él como si fuera de plomo, y los pensamientos y las palabras. Porque esas manchas requerían una urgente negociación con los vecinos de arriba, una charla con aquella mujer alta, de ojos nublados y descuidada vestimenta.

Michael había llamado a su puerta un par de semanas atrás. La vecina salió a recibirlo llevando en brazos a un niño de pecho que se retorcía y berreaba y a quien ella trataba de aquietar acunándolo y dándole palmaditas en la espalda. Su rizado cabello castaño claro le ocultó el rostro cuando inclinó la cabeza sobre el niño. A su espalda, sobre una gran alfombra mugrienta de vivos colores, se desparramaban partituras y discos compactos sin caja, y en una gran funda abierta forrada de fieltro verde reposaba el chelo, de un centelleante color caoba, con un atril a su lado. Al mirarla a los claros ojos, hundidos y de desvaídas pestañas, con oscuras ojeras

que acentuaban su aire desvalido, Michael se sintió culpable por haber ido a molestarla. Echó una mirada inquisitiva por encima de su hombro, esperando descubrir al hombre barbado con quien había coincidido una vez en el portal del edificio. Michael había oído cómo abría la puerta del piso de arriba, y ahora, dando por hecho que era el marido de aquella mujer, supuso que vendría a hablar con él para liberarla de esa carga adicional. Pero, como en respuesta a su mirada, ella dijo, los labios fruncidos y la vista baja, que no iba a poder ocuparse del problema hasta dentro de unos días, cuando el niño se hubiera recuperado de la otitis. Además, las goteras no las había provocado ella sino los inquilinos anteriores.

Tenía una voz grave, agradable y familiar, y Michael se sintió de pronto demasiado alto y amenazador. Ella parecía acobardada y en tensión, como si le costara mirarlo desde abajo. Su mano se movía nerviosa entre la manta clara en la que llevaba envuelto al niño y los rizos que caían sobre sus hombros, y Michael encogió los hombros, tratando de parecer más bajo, y se apresuró a decir que esperaría con mucho gusto.

Fue la primera vez que habló con ella. Siempre había eludido deliberadamente el trato con los vecinos en todos los lugares donde había vivido, sobre todo a partir de su divorcio. Y en aquel edificio alto también se limitaba a leer los avisos pegados en el panel de corcho del portal. El pago de la calefacción, la jardinería, el servicio de limpieza de la escalera y las reparaciones de urgencia lo resolvía echando sigilosamente un cheque en el buzón de la familia Zamir, que vivía en el tercer piso y de la que no conocía ni de vista a ninguno de sus miembros. Sospechaba, no obstante, por las miradas inquisitivas y preocupadas que le lanzaba un hombre de cierta edad, menudo y calvo, con el que se topaba de vez en cuando en la escalera, que él era el tesorero de la comunidad y el autor de los requerimientos de pago y de las listas de inquilinos morosos.

Su titubeante llamada a la puerta de los vecinos de arriba, que lucía una tarjeta con el nombre VAN GELDEN, señaló para él el comienzo de algo que había evitado conscientemente durante muchos años. En el edificio donde vivía antes, Yuval, a la sazón adolescente, descubrió cierto día en que estaba hambriento que se les había acabado el azúcar y sugirió que fueran a pedirle un poco a los vecinos, sugerencia ante la que Michael reaccionó con horror.

—Nada de vecinos —afirmó tajante—. Se empieza por pedir un poco de azúcar y se termina en la junta directiva de la comunidad.

–De todos modos, algún día te tocará participar –vaticinó Yuval–. Te llegará el turno. A mamá le pasa lo mismo, pero el abuelo la libera de esa obligación.

–Si no existo, no tengo por qué participar –insistió Michael.

–¿Qué quieres decir con que no existes? ¡Claro que existes! –le recriminó Yuval en el tono didáctico que adoptaba siempre que su padre parecía perder el contacto con la realidad. Incluyó la cabeza poniendo un gesto crítico, como si exigiera que se dejara de tonterías.

–Si doy la impresión de que no existo –dijo Michael–. Y para eso es importante no presentarse a la puerta de los vecinos pidiendo tazas de azúcar o de harina. Yo creo que es la única cosa, o una de las pocas cosas, en que tu madre y yo estuvimos de acuerdo desde el principio.

Yuval, sin la menor gana de enterarse de nada más sobre los acuerdos y desacuerdos de sus padres, se apresuró a dar por concluida la conversación:

–Bueno, no te preocupes, me tomaré una taza de cacao, que lleva el azúcar incluido.

Michael temía la molesta conversación con la vecina, que ahora sería inevitable dado que las manchas en expansión evocaban tristemente el abandono y la pobreza. Al pensar en fontaneros, azulejos levantados, martillazos, ruidos y molestias en general, a la vez que se daba cuenta de que había olvidado comprar café para los días de fiesta, su inquietud se acrecentó mientras el tema inicial de la sinfonía desarrollaba una tensión creciente. En un intento de calmarse, empezó a leer el folleto que acompañaba al disco. Lo sacó de la caja plana de plástico transparente, contempló el apuesto semblante de Carlo Maria Giulini y su lustrosa cabellera, que no alcanzaba a ocultar el ceño reflexivo del director de orquesta, y se preguntó qué tal se llevaría un italiano con los músicos de la Filarmónica de Berlín.

Se concentró en la música, tratando de cerrar a ella su corazón y, por una vez, escuchar la obra sólo con la razón. Entonces, al fin comenzó a leer lentamente el folleto, deteniéndose en la nota biográfica en francés –la lengua que Michael, marroquí de nacimiento, conocía mejor de las tres en que estaba redactado el folleto–, y leyó, no por primera vez, cómo se había gestado la sinfonía, que, pese a ser la Primera de Brahms, había sido concluida en una etapa bastante avanzada de su vida, y que poco después de su

estreno fue apodada «la Décima de Beethoven». Brahms trabajó en ella intermitentemente durante unos quince años, una vez que hubo compuesto aquel primer movimiento tan rico en suspense y negros augurios. En septiembre de 1868, años antes de concluirlo y en tiempos de una dolorosa ruptura con Clara Schumann, Brahms le envía a ésta una felicitación de cumpleaños desde Suiza: «Así ha sonado hoy la cuerna alpina», y debajo las notas del tema para corno que años después incorporaría al último movimiento de la sinfonía. El lenguaje prosaico del folleto, que describía el cromatismo y lo que denominaba «el sello de fatalismo» de las flautas, y que luego analizaba la tensión entre las líneas melódicas ascendentes y las descendentes, no lograba inhibir el efecto abrumador de la música. En un principio, a Michael le pareció que llenaba el espacio físico que lo rodeaba y trató de desprender de su piel el aire saturado de música concentrándose tenazmente en identificar los diversos instrumentos de viento y las batallas que libraban entre sí y con otros instrumentos.

Durante largo rato fue presa de un temblor muy real, no sin dejar de sorprenderse y burlarse de sí mismo por aquella rendición al hechizo de unos sonidos que tan bien conocía, y se decía a sí mismo que lo mejor sería apagar la música o escuchar otra cosa.

Pero en su interior había algo más poderoso que se dejaba llevar por una emoción que le cortaba el aliento. La música estaba cargada de presagios amenazadores, oscuros, tenebrosos, pero también hermosísimos, que lo incitaban a dejarse arrastrar, a rendirse a aquella melancolía ominosa.

Michael tomó asiento y dejó el folleto sobre el brazo del sillón. Estaba convencido de que uno de los mecanismos para disipar los sentimientos opresivos, para adormecerlos y recobrar una suerte de paz, consistía sencillamente en distraerse. Aunque había quien pensaba que al obrar así los sentimientos volverían para atacarte por la espalda, como ladrones en la noche. («Precisamente cuando estás descuidado, todo aquello de lo que has huido te asesta una puñalada», solía decir Maya. El recuerdo del fino dedo admonitorio que Maya posaba luego en su mejilla, una media sonrisa en los labios y los ojos mirándolo con severidad, le hizo sentir de nuevo la vieja punzada de dolor.) A pesar de todo, Michael creía que valía la pena transferir la fuente de la emoción de la boca del estómago a la cabeza.

Bastaba con estudiar el asunto, enfrentarse a él desde la dis-

tancia correcta y, sobre todo, no dejarse absorber por él. Llenar el vacío interior, sí, pero consciente de cómo se lograba.

Se podía silenciar la música, y también cabía la posibilidad de perseverar y volver a escuchar el disco desde el principio, prestando atención a los matices, a la suavidad del forte en esta interpretación, a la entrada del segundo tema, e incluso aislar los pasajes de transición entre los diversos temas.

Entró en la cocina y echó una ojeada al techo con la esperanza de descubrir que las manchas habían encogido o al menos seguían igual. Pero era evidente que se habían extendido desde la última vez que las examinó de cerca, hacía un par de días.

¿Por qué le preocupaban las manchas?, se preguntó con irritación en el umbral de la cocina, mientras la música llenaba todos los rincones. Era un problema de los vecinos de arriba, a ellos les correspondía resolverlo, y una manita de pintura bastaría para tapar aquel retazo negro verdusco del techo.

Volvió a mirar el folleto que reposaba en el sillón, se acercó a la estantería y pulsó el botón del reproductor de compactos. Se hizo un silencio absoluto. El cable del teléfono, desconectado y cuidadosamente doblado, parecía ofrecer un refugio.

Quizá el teléfono sonara si lo conectaba. Y, entonces, ¿qué sucedería? «Supongamos que suena», se decía, «¿qué ocurriría?». Si abría sus puertas al mundo, éste podría ofrecerle una cena en casa de Shorer, o una visita a Tzilla y Eli, o incluso una velada con la familia de Balilty, pese a que Michael ya le había dicho, mintiendo, que iba a cenar en casa de su hermana.

Le había contado esa mentira con objeto de evitar que se repitiera la noche de Pascua del año anterior. Danny Balilty se había presentado a la puerta de Michael vestido con una elegante camisa blanca y tan sudoroso como siempre, como si hubiera venido corriendo del oeste al norte de Jerusalén. Su enorme barriga se bamboleaba ante él mientras hacía repiquetear las llaves del coche, y, con una sonrisa congraciadora e infantil, no exenta de cierto aire de triunfo, le dijo: «Supusimos que no iba a servir de nada telefonearte. No podíamos empezar el séder sin ti». Entrecerró los ojillos para escudriñar la butaca color café con leche del rincón y el círculo amarillo de luz derramado por la lámpara de lectura sobre la cubierta verde de un libro, y luego exclamó en tono de desconfiada estupefacción: «¡Así que es cierto que ibas a pasar solo la noche de séder, y para colmo leyendo literatura rusa!». La mitad superior

de su cuerpo se inclinó hacia el dormitorio y su mirada se precipitó en la misma dirección, como si esperase que la puerta se abriera y por ella apareciese una rubia despampanante envuelta en una toalla rosa.

–Si por lo menos estuvieras acompañado –dijo, rascándose la cabeza–, lo entendería. Pero, aun así, estoy seguro de que la chica se encontraría mejor pasando el séder con una familia numerosa y disfrutando de la maravillosa comida que hemos preparado.

En los últimos años Balilty se había convertido en un cocinero entusiasta. A continuación describió con todo lujo de detalles cómo había adquirido medio cordero y todo lo que había preparado con él, y cómo su mujer había hecho una sopa de carne especial, verduras, ensaladas y berenjenas a la griega. Sin moverse, miraba a Michael con ojos implorantes y se quejaba como un niño:

–Si Yuval no estuviera en Suramérica estoy seguro de que vendrías. Matty me matará si regreso sin ti.

Y en un momento de debilidad Michael se había dejado arrastrar lejos de la tranquila velada que llevaba planeando todo el mes.

–¿Qué hace diferente a esta noche de todas las demás? –le había dicho a Balilty, quien seguía junto al sillón.

Y Balilty blandió el libro de Chéjov en su dirección, un dedo introducido entre las páginas por donde iba la lectura, y le comunicó:

–Olvídate de la filosofía. Está prohibido pasar solo las fiestas. Es algo que lleva a la desesperación. Es de dominio público que las fiestas son un desastre para quienes no tienen familia.

Michael fijó la mirada en el rostro abotargado del agente de Inteligencia Balilty. Quiso comentar que quienes se avenían a las convenciones se sentían amenazados en presencia de quienes se desviaban de ellas, y que aquella invitación, que no sabía cómo rechazar, nada tenía que ver con su propio bienestar. Puede que incluso pudiera enterarse como la despiadada venganza de una familia contra un hombre que vivía solo y disfrutaba de su soledad. A punto estuvo de pronunciar la palabra «chantaje», pero en lugar de eso se encontró diciendo con una sonrisita:

–Bajo coacción, Balilty.

–Llámalo como quieras –repuso Balilty con firmeza–, yo lo

¹ Cada uno de los preceptos jurídico-religiosos que establecen las normas de conducta de los judíos. (N. de la T.)

considero un mitzvá¹ –después dejó cuidadosamente el libro en el sillón y añadió en tono plañidero–: ¿Por qué sacas las cosas de quicio? No es más que una noche de tu vida. Hazlo por Matty.

Michael se contuvo para no soltar lo que tenía en la punta de la lengua: «¿Por qué tengo que hacer nada por tu mujer? Tú eres el que se supone que debe hacerla feliz. Y si dejaras de perseguir a todo par de tetas con que te cruzas, tu mujer sería feliz desde hace mucho tiempo». Entró en el dormitorio a buscar su camisa blanca de manga larga, odiándose a sí mismo por su debilidad. Al palparse la mejilla áspera y plantearse si procedía afeitarse, le dijo a su rostro en el espejo que no se lo tomara tan a pecho. ¿Qué había de terrible, a fin de cuentas, en pasar una noche absurda más? De joven no era tan pomposo ni pedante con respecto a su manera de ocupar el tiempo.

Tal vez debería haberse rendido a las presiones de su hermana Yvette y haber ido a pasar el séder en su casa. Tantas vacilaciones, se dijo entonces, eran resultado de la rigidez, la cual a su vez derivaba de la edad y quizá, como decía Shorer, era asimismo una de las consecuencias inevitables de vivir solo. Como el desengaño recurrente de las esperanzas depositadas en las grandes reuniones en torno a una mesa y en las vacuas conversaciones emprendidas para matar el tiempo.

Estaba colmándose de esa autocompasión que pronto lo llevaría a enfadarse consigo mismo y con su aislamiento, cuando en el fondo todo era cuestión de engreimiento y arrogancia. «No eres mejor que nadie», le dijo a su reflejo a la vez que se mesaba un nuevo mechón de pelo gris. «Tómatelo con calma. Lo que sucede en el exterior muchas veces es lo de menos. El espíritu es libre para vagar a su antojo», se recordó mientras se vestía a toda prisa. Incluso buscó una botella de vino francés que luego le ofreció a Matty al llegar. Con el rostro resplandeciente, radiante, Matty le dijo que no debería haberse tomado la molestia, y, a continuación, Michael se sentó sumiso entre los festejantes reunidos en torno a la mesa para una celebración tradicional y ortodoxa del séder.

Entre plato y plato, Michael se esforzaba en darle conversación a la sobrina de Balilty. Recordó que con ocasión de su primera visita a aquella casa, Danny Balilty había tratado de organizarle un plan con su cuñada. Trató de activar el sentido del humor que le quedaba para enfrentarse a las miradas de ánimo que Balilty le lanzaba mientras se apresuraba entre la cocina y la mesa festiva.

Por su parte, Matty Balilty intentaba no mirar en absoluto en su dirección. Sólo cuando Michael le elogió la comida, se atrevió ella a dirigirle una mirada penetrante con sus ojos castaños y nerviosos y a preguntar:

—¿De verdad? ¿De verdad te gusta?

Y por la manera en que la hija de su hermano se ruborizaba y jugueteaba con el borde de su servilleta, Michael comprendió sin asomo de duda que Matty no sólo se refería a la comida.

Michael se había presentado en el trabajo una semana antes tras dos años de ausencia, durante los que Balilty tuvo buen cuidado de «mantenerse en contacto», como le repetía siempre que lo llamaba para invitarlo a su casa. Dado que lo había llamado por teléfono apenas unos días antes, el agente de Inteligencia pasó corriendo a su lado sin siquiera detenerse a darle la bienvenida y se limitó a palmotearle el brazo y decir a voces:

—Anímate, Ohayon, anímate. La vida es corta. La semana que viene vendrás a celebrar con nosotros las fiestas. Matty va a preparar un cuscús.

Y por eso, porque Balilty había hecho caso omiso de la excusa de Michael, «pero si te he dicho que iba a irme fuera», éste no podía oponer al entusiasmo de su compañero una reserva cortés, que se interpretaría como una actitud ofensiva de arrogante frialdad en contraste con el sincero deseo de Balilty de mantener una cierta intimidad; todo ello lo llevó a desconectar el teléfono aquella mañana.

Ahora Michael contemplaba el cable telefónico y se preguntaba si tenía sentido haber plantado una resistencia tan enconada. ¿Qué tenía de bueno su irrevocable decisión de pasar la noche a solas, cuando en realidad no estaba haciendo otra cosa que angustiarse por las manchas del techo y por la nota hallada en el buzón? Ésta era un requerimiento perentorio de que subiera al tercer piso para que el señor Zamir le hiciese entrega de los estatutos de la comunidad de vecinos. En la reunión de la antevíspera, a la que Michael, como era su costumbre, no había asistido (las palabras «como era su costumbre» eran un añadido manuscrito a la nota mecanografiada), se había tomado la decisión de que le había llegado el turno de representar a los inquilinos de su ala.

Por un instante Michael pensó en telefonar a alguien, a cualquiera, antes de perecer ahogado en un charco de desolación. Asíó el cable, pero se abstuvo de conectarlo.